

LA VALORACIÓN HISTÓRICA DE LA EDAD MEDIA: ENTRE EL MITO Y LA REALIDAD

Julio Valdeón Baroque
Universidad de Valladolid

1. UNOS ORÍGENES DIFUSOS. EL CONCEPTO INICIAL DE «EDAD MEDIA»

Hablar de la Edad Media es, sin lugar a dudas, referirse a un concepto inventado. Los ciudadanos que vivieron en el transcurso de los siglos que la historiografía de nuestros días considera como medievales no tenían, por supuesto, la menor idea de esa expresión. El concepto al que hacemos referencia lo ha estudiado con gran brillantez el historiador francés Jacques Heers en su interesante y polémico libro titulado «La invención de la Edad Media», aparecido en Francia en el año 1992 y traducido al español en 1995. Pero es lógico que nos preguntemos, ¿de cuándo data esa expresión de Edad Media? Ni más ni menos que de la segunda mitad del siglo xv. La más antigua mención a esos tiempos medievales la encontramos, según nos dice la investigación desarrollada sobre esta cuestión, en una carta del obispo italiano de Alesia, Giovanni Andrea dei Bussi, que data del año 1469. En la mencionada carta se dice en un párrafo lo siguiente: «sed mediae tempestatis tum veteris, tum recentiores usque ad nostra tempora». De todos modos el primero que indicó la existencia de una cierta unidad en la etapa comprendida, «grosso modo», entre los siglos v y xv fue el humanista italiano Flavio Biondo. La expresión «media tempestas» hacía referencia a unos «tiempos

medios», los cuales se situaban entre una época lejana pero sumamente gloriosa, la de la Antigüedad Clásica, y el período en el que esos humanistas vivían, es decir las últimas décadas del siglo xv, caracterizados básicamente por el intento de retornar al espíritu de aquellos tiempos brillantes. Así pues el origen del concepto de Edad Media tenía que ver, ante todo, con la postura adoptada por los humanistas italianos de fines de la decimoquinta centuria. Por lo demás dicho concepto se apoyaba, esencialmente, en aspectos de naturaleza filológica, pues ubicaba la Edad Media entre dos fases de la historia de la humanidad que tenían en común el particular aprecio de las lenguas clásicas.

En el transcurso del siglo xvi encontramos con frecuencia menciones como las de «medium aevum», «media tempestas» o «media etas», tanto en historiadores como en filólogos y lo mismo en Italia que en otros países europeos, adonde habían llegado las corrientes del humanismo. Entre los nombres más significativos que aluden al citado concepto cabe recordar a Joaquín de Wat (1501), Juan de Heerwagen (1532), Marco Welser (1575) o Adriano Junius (1575). Esa misma tónica continuó a lo largo del siglo xvii: Conisius (1601), Goldats (1604), Vosius (1662), etc. De todos modos en la segunda mitad de esa centuria se llevaron a cabo algunas interesantes precisiones a propósito del concepto que nos ocupa. Así por ejemplo Jorge Horn, en su obra titulada «Arca Noé», fechada en el año 1665, denomina «medium aevum» al período comprendido entre los años 300 y 1500, lo que significaba fijar una cronología específica de dicha etapa. Apenas unos años después Du Cange, en su célebre «Glosario», que data del año 1678, hablaba de la «mediae et infimae latinitatis». Pero sin duda la obra de mayor relieve, por lo que a la fijación del concepto de Edad Media se trata, fue la del alemán Cristóbal Keller, profesor de la universidad de Halle, titulada «Historia medii aevi a temporibus Constantini Magni ad Constantinopolim a Turcis captam» y cuya aparición tuvo lugar en el año 1688. Keller comenzaba la Edad Media en tiempos del emperador Constantino y la daba por concluida en el momento en que los turcos conquistaron la ciudad de Constantinopla, la que fuera capital del Imperio Bizantino.

Existía en la Europa de finales del siglo xvii, por lo tanto, un concepto de Edad Media, el cual se proyectaba sobre un amplio período de la historia, si no del conjunto de la humanidad sí cuando menos del viejo continente y de su entorno inmediato. Ahora bien, ni en el siglo xvi ni en el xvii se despertó el menor

interés por esos tiempos situados, a modo de una etapa intermedia, entre la portentosa Antigüedad Clásica y la época del Renacimiento. Es más, existía un cierto desprecio por esos siglos medievales, en los cuales el rasgo dominante, al menos así se pensaba entonces, había sido el paulatino olvido de la rica y fecunda tradición greco-latina. ¿No se había producido en esa larga etapa, conocida un tanto despectivamente como «Edad Media», primero una adulteración y luego un lamentable olvido de la bella lengua en la que se habían expresado autores tan significativos como Horacio y Cicerón? Pero no sólo se miraba negativamente a los tiempos medievales desde el punto de vista filológico. El movimiento religioso iniciado en Alemania con las predicaciones de Martín Lutero anunciaba la imperiosa necesidad de volver al cristianismo primitivo, abandonando, obviamente, la tradición de los siglos medievales en los que, según su perspectiva, la Iglesia había ejercido un dominio a todas luces tiránico sobre el conjunto de los fieles. En definitiva, había dos edades gloriosas en la historia de la humanidad, el mundo antiguo, por una parte, y la fase iniciada con el Renacimiento, por otra. Entre ambas etapas la vida humana había transcurrido, lamentablemente, en medio de una tremenda oscuridad. Así había sido la Edad Media, tiempo considerado de simple tránsito, pero a la vez de barbarie y de ignorancia, lo que explica el profundísimo desdén que existía hacia ella. Lo medieval equivalía, por lo tanto, a mediocridad, retraso y arcaísmo, o incluso, como ha señalado agudamente el profesor Jacques Heers, a «una especie de injuria». El Medievo era algo parecido a una larga noche de mil años, la cual se hallaba situada entre dos épocas de esplendor y de luminosidad, la Antigüedad y el Renacimiento.

El descrédito de que gozaba la Edad Media en el transcurso de los siglos XVI y XVII, sin embargo, no evitó, ni mucho menos, la existencia de algunos destacados estudiosos de los tiempos medievales, los cuales, justo es señalarlo, constituyen un hito muy importante en el desarrollo de la historiografía sobre aquel período. Por de pronto desde finales del siglo XVI se estaban reuniendo importantes materiales de la época medieval, entre los que se deben mencionar los «Annales ecclesiastici» de César Baronius, o las obras de autores como Duchesne, Ughelli o Baluze. No obstante la actividad que, a la larga, dejó mayor provecho fue la que protagonizaron los benedictinos de Saint-Maur y el grupo jesuita de los bolandistas. La discusión mantenida por ambos grupos a propósito del valor de las fuentes relativas a la iglesia cristiana medieval derivó, ni más ni menos, en la gestación de un método crítico para el análisis de los documentos del pasado, o lo

que es lo mismo en el nacimiento de la disciplina que conocemos con el nombre de Diplomática. Por lo que se refiere a la contribución de los eruditos españoles de esos siglos cabe recordar la obra de Moret sobre el reino de Navarra, que data del siglo XVII, y, sobre todo, los importantísimos «Anales de la Corona de Aragón» de Jerónimo Zurita, elaborados en el transcurso del siglo XVI.

2. LA ILUSTRACIÓN: UNA IMAGEN ATROZ DE LA EDAD MEDIA

No obstante fue en el siglo XVIII cuando la imagen de la Edad Media alcanzó, sin duda alguna, el nivel más retrógrado que imaginarse puede. El siglo denominado de las luces, también llamado de la Ilustración, predicaba, con mucho énfasis, el racionalismo, al tiempo que defendía la idea del progreso imparable de la especie humana. Ahora bien, esas ideas se habían abierto camino, al menos así pensaban los intelectuales que llevaban la voz cantante en aquella centuria, una vez enterrada definitivamente la tenebrosa etapa de la Edad Media. El Medievo, para los ilustrados, había sido una etapa caracterizada ante todo por la barbarie, el oscurantismo y la superstición, pero también por el predominio de rasgos tan negativos como el inmovilismo, la parálisis y la irracionalidad. ¿Y qué decir del clero de aquellos tiempos, caracterizado ante todo, según la opinión de los ilustrados, por la depravación y el libertinaje? Como escribió, sin duda acertadamente, el profesor Santiago Montero Díaz «La Ilustración fue ciega para los valores específicamente medievales». Recordemos, a este respecto, lo que escribió el destacado enciclopedista francés Voltaire a propósito de los siglos medievales: «Cuando el Imperio romano fue destruido por los bárbaros, se formaron muchas lenguas con los despojos del latín, como se elevaron muchos reinos sobre las ruinas de Roma. Los conquistadores llevaron por todo el Occidente su ignorancia y su barbarie. Todas las artes perecieron: hasta ochocientos años después no comenzaron a renacer. Lo que desgraciadamente nos resta de la arquitectura y de la escultura de aquellos tiempos, es un grotesco conjunto de groserías y de baratijas. Lo poco que escribían era del mismo mal gusto. Los monjes conservaron la lengua latina para corromperla...». Difícilmente cabe hacer una síntesis más ferozmente negativa de lo que significó el mundo medieval. Lo único que se aceptaba, en cierto modo, de aquellos funestos tiempos era la presencia en ellos de algunos precursores de la modernidad, caso, por ejemplo, de los escritores italianos de la Baja Edad Media Dante, Petrarca y Boccaccio.

Sin duda alguna contribuyó notablemente a ennegrecer aún más la imagen de los siglos medievales la visión que en el siglo XVIII se elaboró a propósito de la denominada sociedad feudal. ¿Cabía imaginar un despotismo más atroz que el desarrollado por los grandes magnates nobiliarios de la Edad Media, a los que se presentaba, por sorprendente que puedan parecer los términos, nada menos que como «señores de horca y cuchillo»? En el extremo contrario ¿qué perspectivas se ofrecían para los pobres e ingenuos campesinos del Medievo, que eran sin duda la inmensa mayoría de la población, convertidos por lo general en humildes «siervos de la gleba», lo que de hecho apenas los diferenciaba de los esclavos de la Antigüedad? Así pues la Edad Media había alcanzado las cotas más altas de la historia de la humanidad en lo que se refiere al ejercicio de la más brutal tiranía por parte de aquellos que controlaban el poder económico y el político, es decir los grandes señores feudales. Al menos esa era la opinión prevalente en los círculos intelectuales dominantes de la Europa occidental de aquel tiempo. Precisamente la revolución francesa de finales de la decimotercera centuria iba a poner fin, gracias a las medidas tomadas en su momento, a la pesada y dura herencia legada por los tiempos medievales. Así las cosas era de todo punto inimaginable que los grandes pensadores del siglo de las luces pudieran atisbar el menor signo positivo en la época medieval.

De lo señalado podemos concluir, como puso de manifiesto atinadamente en su día el profesor Santiago Montero Díaz, en su valiosa y sugestiva obra titulada «Introducción al estudio de la Edad Media», que en el período comprendido entre los siglos XVI y XVIII «no hubo inteligencia histórica de la Edad Media». La etapa intermedia entre los tiempos de la Antigüedad Clásica y los de la eclosión del Renacimiento resultaba de todo punto incomprensible, lo que explica que se le considerara algo parecido a un estercolero. En la Europa de finales del siglo XVIII, por lo tanto, podría decirse, remedando al profesor Jacques Heers, lo siguiente: «Lo medieval da vergüenza, es detestable; y lo 'feudal', su tarjeta de visita para muchos, es todavía más indignante».

De todos modos lo señalado no fue óbice, ni mucho menos, para que en el siglo llamado de las luces se desarrollara, prosiguiendo la labor iniciada en las anteriores centurias, una interesante actividad de recogida de materiales procedentes de aquel supuestamente nefasto período, es decir de la Edad Media. Ciertamente esa labor la llevaban a cabo algunos eruditos aislados, los cuales,

por lo general, eran despreciados en su tiempo. Mas a la larga esa actividad resultó, justo es indicarlo, de gran provecho, al menos desde la perspectiva de la investigación histórica de aquel período. Quizá el trabajo de mayor envergadura de cuantos aparecieron en aquel tiempo fue el que realizó el italiano Muratori con el título de «*Rerum italicarum scriptores*». Muratori sostenía la idea de que el Medioevo no había sido un período de tinieblas sino, por el contrario, la época en la que se pusieron los cimientos de la construcción de Europa. Ni que decir tiene que esas opiniones resultaron totalmente incomprendidas en la Europa de la Ilustración. Casi por las mismas fechas el erudito inglés Rymer ponía en marcha su impresionante colección de documentos medievales, los famosos «*Foedera, conventiones, litteras et cuicumque generis acta publica*», aparecidos en Londres entre los años 1739 y 1745. En cuanto a Francia, aparte de la obra emprendida por los benedictinos, entre los que sobresalía Dom Toussaint, hay que reseñar la actividad desplegada por la recientemente constituida «*Académie des Inscriptions et Belles Lettres*», que publicó numerosas fuentes de la Edad Media. Por lo que se refiere a España es preciso consignar, como obras más significativas, la interesante y voluminosa obra del padre Flórez, «*España sagrada*», en la que se recoge un abundante material de la época medieval, las «*Antigüedades de España*», de Berganza, o los *Bularios de las Órdenes Militares*.

3. EL ROMANTICISMO Y LA MITIFICACIÓN DEL MEDIEVO

El siglo XIX, en agudo contraste con el que le precedió, fue testigo de un cambio radical en lo que se refiere a la consideración de la Edad Media. Esa transformación, a todas luces de gran profundidad, la recogió de forma muy significativa, entre otros, el historiador alemán Luden, en su «*Historia del pueblo alemán*», obra aparecida en el año 1825, en la cual puede leerse lo siguiente: «*Hace una generación, la Edad Media parecía una noche oscura, ahora...el encanto de lo que descubrimos ha fortalecido el deseo de seguir investigando*». Mas no sólo eran los historiadores los que habían cambiado de perspectiva a propósito de la imagen que tenían de la Edad Media. También la mayoría de los escritores de aquel tiempo decidieron sumar sus voces a la bienvenida que, cada día con más fuerza, se dedicaba al Medioevo. Así por ejemplo el conocido y brillante escritor de la primera mitad del siglo XIX Heinrich Heine manifestó lo siguiente a propó-

sito de las catedrales góticas: «Cuando se examinan desde fuera esas catedrales góticas, esos edificios inmensos de forma tan fina, tan transparente, tan aérea, que parecen recortados imitando los encajes de Brabante en el mármol, sólo entonces se siente plenamente el poderío de aquellos tiempos que sabían agilizar la piedra, animarla con una vida de fantasmas y hacer expresar a esa materia los impulsos del espiritualismo cristiano».

Sin duda el Romanticismo había tenido mucho que ver en la apertura de esa nueva perspectiva hacia el mundo medieval. Frente al predominio del racionalismo, elemento característico del siglo de las luces, el Romanticismo se basaba ante todo en aspectos como la sensibilidad y el sentimiento, poniendo de relieve, entre otras muchas facetas, la exaltación del individuo, la libertad creadora y, por supuesto, la vuelta a la naturaleza. Así las cosas la Edad Media, hasta entonces vilmente despreciada, comenzó a ser elogiada, por cuanto se partía de la idea de que en ella habían triunfado, sin duda alguna, las virtudes individuales, entre las cuales destacaban, como más representativas, la caballería, la pasión o el amor cortés. No es extraño, por lo tanto, que la corriente del Romanticismo terminara por mitificar a la Edad Media, período de la historia de la humanidad en el que veía, ni más ni menos, el despliegue de los valores que, dicha corriente, defendía a capa y espada. Paralelamente se desplegaba por toda Europa un excepcional entusiasmo por las artes plásticas medievales y en particular por el arte gótico, así denominado en el pasado por cuanto se atribuía su origen a un pueblo bárbaro, lo que tenía, no nos engañemos, un sentido claramente despectivo. ¿Y la literatura medieval? A ella se acudía igualmente, en la decimonovena centuria, entre otros motivos para exhumar los grandes poemas nacionales y, cómo no, para potenciar la brillante épica anónima. En otro orden de cosas hay que señalar que el Romanticismo elogió también a la Edad Media por cuanto en ella había tenido un gran predicamento la fe religiosa, a la que se contemplaba independientemente de la actuación institucional de la Iglesia. Sin duda la visión del Medievo forjada por el Romanticismo era sumamente apasionada, estando compuesta, básicamente, por héroes y por santos, por cruzados y por caballeros, así como por maravillosas leyendas. Mas, al margen de los aspectos de exaltación que sin duda aportó el Romanticismo, el hecho cierto es que dicha corriente contribuyó, no podía ser de otra manera, al desarrollo de los estudios sobre aquella época, ahora tan atractiva y antes, por el contrario, tan terriblemente desdeñada.

El Romanticismo, en suma, fue decisivo para el redescubrimiento de la Edad Media. Pero también aportaron su granito de arena en esa misma dirección otras corrientes del pensamiento vigentes en las primeras décadas del siglo XIX. Decisivo fue, asimismo, el papel jugado por el Nacionalismo, fenómeno político-ideológico que, como es sabido, conoció un espectacular despliegue en Europa a raíz de las guerras napoleónicas. Cada pueblo procuraba afirmar sus específicas señas de identidad, lo que le llevaba inevitablemente a bucear en el pasado a la búsqueda de sus orígenes. ¿No fue precisamente en el Medievo cuando se pusieron los cimientos de esas entidades denominadas naciones-estado? Sin duda ese interés por el Medievo, en el caso de los nacionalismos, estaba motivado por razones de carácter político. Pero lo cierto es que dicha corriente de pensamiento ayudó a escudriñar, con otros ojos, un pasado que en los siglos anteriores se había visto con auténtico desdén. Uno de los países en donde este interés por el Medievo alcanzó quizá mayor desarrollo fue, sin duda, Alemania. Su falta de unidad en buena parte del siglo XIX contrastaba rotundamente con el Medievo, que había sido el período de vigencia del Sacro Imperio Romano Germánico, el cual era la cabeza indiscutible de la Cristiandad en el orden temporal. Eso explica la fuerza que adquirió en Alemania el pasado medieval, al que se miraba con indudable orgullo. Desde una perspectiva diferente los pueblos eslavos, sometidos al dominio turco, comenzaron asimismo a bucear en su pasado medieval con la finalidad de encontrar sus raíces. En definitiva, el siglo XIX fue testigo de la búsqueda apasionada del espíritu peculiar de cada pueblo y de cada nación, lo que los alemanes denominaron el «Volkgeist», es decir el «espíritu del pueblo».

También desde la plataforma de la Iglesia católica, sometida a durísimas presiones en el transcurso del siglo XIX, creció el interés por los tiempos medievales. ¿No fue aquel período el que vio nacer el tomismo, es decir la filosofía directriz por excelencia de los católicos? ¿No surgió también en el Medievo un instrumento de tanta valía como el derecho canónico? ¿Tenía algún sentido olvidar períodos tan brillantes del pasado como el siglo XIII, época que fue de reyes santos (recordemos a San Luis de Francia o a San Fernando de Castilla y León), pero también de pontífices tan significativos como Inocencio III y de pensadores de tan alta lucidez como Tomás de Aquino? La Edad Media, desde el punto de vista de la Iglesia católica decimonónica, había sido un período de la historia de la humanidad caracterizado por la unidad, la paz y la armonía.

La Edad Media, por lo tanto, se había convertido en una época a la que muchos se asomaban, pues veían en ella numerosos elementos positivos, ya fueran de índole intelectual, de naturaleza política o de carácter religioso. Pensemos, por ejemplo, en el atractivo suscitado por los tiempos medievales en un país como la Gran Bretaña, nación que había logrado un excepcional poderío en el siglo XIX llegando a convertirse en la primera potencia mundial de aquella época. Pues bien, los británicos, orgullosos de sus espectaculares logros, volvían su mirada hacia el Medievo para intentar conocer sus raíces, ya fueran éstas el «common law», la Carta Magna o el nacimiento del Parlamento, tres conquistas fundamentales de aquellos siglos lejanos. Gracias a esos cimientos los británicos, al menos así lo pensaban, ofrecían al resto del mundo unas instituciones modélicas, a la par que expresivas de un clima de libertad del que carecían otros muchos países. Paralelamente la Edad Media se convirtió en Francia en el campo de discusión entre las fuerzas reaccionarias y las progresistas. Para los reaccionarios el Medievo conoció, entre otros aspectos, la época dorada de la alianza entre el trono y el altar. Los progresistas, por su parte, veían en el Medievo el inicio de los movimientos populares, o si se quiere el punto de partida de una conciencia de clase. De esos movimientos cabía recordar a las comunas, término utilizado en 1870 por los revolucionarios parisinos.

4. LA HISTORIOGRAFÍA DEL SIGLO XIX: UN ACERCAMIENTO REALISTA A LA EDAD MEDIA

Tradicionalmente se ha presentado al siglo XIX como el siglo de la historia. Sin duda fue en esa centuria cuando dicha disciplina entró, con todos los honores, en el ámbito universitario. En ese mismo siglo, por otra parte, se generalizó el estudio de la historia en los centros de enseñanza secundaria. Posteriormente la disciplina de la historia se trasladaría también, aunque de forma sucinta, a las escuelas primarias. Así pues el conjunto de los ciudadanos europeos recibían, en mayor o menor medida, unos conocimientos acerca del pasado de la humanidad. Por si fuera poco algunos destacados historiadores llegaron a ocupar importantes puestos de mando en la política europea de aquel tiempo. ¿Cómo olvidar, por acudir a un ejemplo representativo, la figura de D. Antonio Cánovas del Castillo, hombre clave de la vida política española de finales del siglo XIX a la vez que director de una voluminosa «Historia de España» y miembro de la Real Academia de la Historia?

El estudio de la historia no podía dejar de lado lo sucedido en los tiempos medievales, y menos aún cuando se habían puesto en marcha, como acabamos de mencionar, unos motores que empujaban, con gran fuerza, en esa dirección, ya fueran el Romanticismo o el Nacionalismo. Ahora bien, los profesionales de la disciplina procuraban actuar desde supuestos científicos, entendiendo este término en el contexto que le era propio en el siglo XIX. En ese sentido es de todo punto imprescindible recordar, aunque sea de forma esquemática, la formidable labor desarrollada en la decimonovena centuria en lo que se refiere a la publicación de fuentes del Medievo. La colección más significativa de todas fue, sin duda alguna, la que surgió en Alemania con el título de «*Monumenta Germaniae historica*», la cual abarcaba el período comprendido entre los años 500 y 1500. Los «*Monumenta*», cuya edición inicial estaba dirigida por el archivero-bibliotecario Georg Heinrich Pertz, pretendían ofrecer una ordenación crítica de las fuentes sobre la historia medieval alemana, entendida ésta, no obstante, en un sentido amplio, pues incluía documentación no sólo de la estricta nación germánica, sino de todos los pueblos germanos. El primer tomo de los «*Monumenta*» vio la luz en el año 1826. Entre los directores de dicha obra, aparte del citado Pertz, cabe mencionar a Georg Waitz, discípulo del eminente historiador alemán Leopoldo von Ranke. Paralelamente se pusieron en marcha en otros países europeos, tales como Francia, Inglaterra, Italia, etc. importantes colecciones documentales en las que no podían faltar, por supuesto, las fuentes relativas a la época medieval. Recordemos, como ejemplos significativos, la «*Collection de documents inédits relatifs à l'histoire de France*» o los «*Rerum britannicarum medii aevi scriptores*».

Ni que decir tiene que España no faltó a la cita. A mediados del siglo XIX se pusieron en marcha series tan importantes como la «*Colección de documentos inéditos para la historia de España*» o el «*Memorial histórico español*», en las que el período medieval tenía un notable protagonismo. Por su parte Próspero Bofarull inició la publicación de una colección de documentos procedentes del Archivo de la Corona de Aragón. Otras obras importantes de ese mismo siglo que merece la pena citar fueron las actas de las «*Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*», cuya dirección corrió a cargo de Manuel Colmeiro, las «*Crónicas de los reyes de Castilla desde don Alfonso el Sabio hasta los Reyes Católicos*», obra de Cayetano Rosell o las colecciones documentales que dirigió Tomás González.

Mas no sólo se trataba, por importante que fuera esa labor, de editar fuentes de la época medieval. Al mismo tiempo se fueron constituyendo importantes escuelas históricas nacionales, en las cuales el estudio de la Edad Media tenía, obviamente, un papel fundamental. Así las cosas se estaba forjando una imagen de los tiempos medievales que, por fortuna para la disciplina que nos ocupa, nada tenía que ver con la existente en siglos anteriores. Quizá el que mejor expresó esa situación fue el historiador alemán Böhmer, el cual, al visitar en 1818 la ciudad de Estrasburgo y sus impresionantes monumentos medievales, dijo lo siguiente: «Nadie me convencerá nunca de que la Edad Media, que creó tales obras, fue una época de barbarie». Entre los muchos nombres significativos de historiadores del Medievo que desarrollaron su labor a lo largo del siglo XIX cabe mencionar a los alemanes Sybel y Lamprecht, a los ingleses Stubbs y Maitland o a los franceses Guérard y Delisle. También España aportó nombres señeros a la historiografía del Medievo, tales como el ya citado Colmeiro, Simonet, Hinojosa, Ximénez de Embún, Amador de los Ríos, Codera, Ribera, Miret y Sans o Bofarull.

5. LA EDAD MEDIA HOY: ENTRE EL DESPRECIO Y LA EMOCIÓN

Dejemos ya el tormentoso siglo XIX para acercarnos al presente, o más en concreto a la centuria que concluyó hace unos años. En el transcurso del siglo XX la historiografía, no descubrimos con ello ningún secreto, ha experimentado novedades sustanciales, las cuales, obvio es señalarlo, han afectado también a los estudios efectuados acerca de la Edad Media. Junto a la precisión creciente en la edición de las fuentes escritas se ha ido abriendo paso un campo singular, que afecta ante todo al estudio de los restos materiales de aquel período. Nos estamos refiriendo a la Arqueología medieval, un ámbito muy sugerente, aun cuando durante algún tiempo, como señaló en su día Miquel Barceló, sin duda en plan polémico, haya estado situada «en las afueras del medievalismo». Simultáneamente se fueron consolidando diversos campos de la investigación histórica, ya se tratara de las instituciones o de la economía. Por otra parte en el siglo XX se abrió un animado e interesante debate entre la historia y las ciencias sociales, tales como la sociología y la antropología, del cual han brotado ideas muy sugestivas. ¿Cómo olvidar, asimismo, el papel fundamental desempeñado por la importante escuela francesa de los «Annales»? ¿O el impacto que tuvo en su día la irrupción del materialismo histórico, punto de partida de una nueva inter-

pretación del pasado de la humanidad? Teorías y métodos de lo más variopinto han colaborado, sin duda, al enriquecimiento de la reflexión sobre el pasado y a la postre a la investigación sobre la historia, en términos generales, y al conocimiento de la Edad Media, por lo que a nuestro trabajo se refiere.

Ciertamente la Edad Media suele proporcionar a los estudiosos unas fuentes mucho más escasas que los períodos más recientes de nuestro pasado, desde la Edad Moderna hasta la Contemporánea. Ni que decir tiene que esa relativa penuria documental constituye, sin duda alguna, un aspecto negativo, sobre todo a la hora de aplicar determinados postulados de las actuales ciencias sociales, por ejemplo todo lo que atañe a los métodos estadísticos y, en general, a la cuantificación. Mas ello no ha obstaculizado, en modo alguno, el desarrollo positivo de áreas específicas como la historia económica, la historia demográfica, la historia social, la historia de las ideas políticas, la clásica historia de las instituciones o la más reciente historia de las mentalidades. Todas ellas constituyen, sin duda alguna, ramas muy frondosas del árbol de la investigación reciente sobre la Edad Media. En definitiva, la historia del medievalismo, en el transcurso del siglo xx, es inseparable de la historia de la historiografía general.

La nómina de los medievalistas del siglo xx es, sin la menor duda, sumamente rica a la par que variada. No es cosa de que nos detengamos en este aspecto, aunque de todos modos nos parece imprescindible mencionar a algunos de los más inteligentes historiadores de la pasada centuria, casos, entre otros, del belga Henri Pirenne, del holandés Johan Huizinga, del italiano Roberto Sabatino López, de los ingleses Rodney H. Hilton y Michael M. Postan, de los alemanes Otto Brunner y Ernst H. Kantorowicz, o de los franceses Marc Bloch y Georges Duby. A todos los citados debemos obras fundamentales, hoy consideradas clásicas. Por lo que respecta a España el nombre emblemático del medievalismo del siglo xx es, por supuesto, el insigne maestro Claudio Sánchez Albornoz. Cuando se vio obligado a exiliarse en la Argentina, después de la guerra civil española, dejó en España una brillante escuela, de la que destacaron, entre otros, José María Lacarra y Luis García de Valdeavellano. De los medievalistas españoles actualmente en activo yo citaré, como representante singular, a Luis Suárez Fernández.

Ahora bien, al margen de la actuación de los profesionales de la historia, que podemos calificar de sumamente elogiosa, ¿cuál es la imagen que existe hoy en día, a nivel de la opinión pública general, a propósito de ese período del

pasado al que denominamos la Edad Media? En líneas generales puede afirmarse que lo medieval se sitúa entre dos posturas totalmente contrapuestas, por una parte el más absoluto desprecio, por otra una emoción sin límites. Parece como si el mundo en que vivimos hubiera heredado, y en cierto modo mantenido, al mismo tiempo la tradición negativa sobre el Medievo que se construyó entre los siglos XVI y XVIII y la positiva que se fabricó en el transcurso del siglo XIX. Por una parte sigue funcionando el tópico que identifica a los tiempos medievales como la etapa de la historia de la humanidad en la que predominaron el oscurantismo, la opresión y la intolerancia. Acudamos a un ejemplo que nos parece de todo punto sintomático. El término feudalismo, alusivo a la forma de articulación de la sociedad del Medievo, con todas las matizaciones que se quiera, ha sido utilizado en el siglo XX en un sentido claramente negativo, según lo puso de manifiesto Robert Boutruche, uno de los principales estudiosos de ese tema. Así por ejemplo el general De Gaulle, en el año 1950, afirmaba que Francia debía de tener un gobierno que estuviera «por encima de la feudalidad de los partidos». Casi por las mismas fechas se hablaba del feudalismo como la «enfermedad infantil del Vietnam», al tiempo que se contraponían la excelente «democracia francesa» con la horrible «feudalidad argelina». Más aún, también las gentes de la izquierda francesa hablaban, por esas mismas fechas, de «la feudalidad de las doscientas familias» o de la «feudalidad financiera e industrial». En definitiva, el vocablo feudalismo servía tanto a las fuerzas conservadoras como a las progresistas para identificarlo con sistemas de gobierno que era preciso desterrar del horizonte. ¿No se escuchan en ocasiones, cambiando de onda, frases como «se diría que estamos en la Edad Media», sin duda para aludir a acontecimientos escandalosos, según ha puesto de relieve Jacques Heers en el libro antes citado? Asimismo un corresponsal de prensa en el Líbano, también lo encontramos en ese mismo libro del profesor Jacques Heers, al describir los horrores que veía en dicho país afirmó aquello de que «nos hundimos todavía más en la Edad Media».

Claro que, en sentido totalmente inverso, el mundo en que vivimos ofrece con frecuencia una actitud sumamente emotiva ante todo aquello que tiene el signo inequívoco de los tiempos medievales. Basta con que nos fijemos, por acudir a un ejemplo que nos parece sintomático, en el atractivo que ejerce sobre cualquier visitante un templo medieval, ya sea gótico, románico o, fundamentalmente, prerrománico, fase de la actividad artística que goza de un gran predicamento.

¿Y la emoción que produce en nuestros días, por tomar un ejemplo distinto, escuchar el canto gregoriano? ¿Cómo justificar, si no fuera así, el espectacular éxito alcanzado hace sólo unos años por un disco de los monjes del monasterio burgalés de Santo Domingo de Silos, que fue, durante varias semanas, uno de los más vendidos en el mundo? ¿Y la increíble trayectoria seguida por la novela del conocido escritor italiano Umberto Eco, «El nombre de la rosa», que relata sucesos acaecidos precisamente en la época medieval? ¿Cómo se puede entender, por otra parte, el protagonismo de que gozan personajes que suelen figurar en los comics, caso por ejemplo de Asterix? ¿Y la continua invasión de elementos medievales en los juguetes infantiles? Así las cosas todo parece indicar que, en nuestros días, lo medieval se mueve entre el más absoluto desprecio, por una parte, y el atractivo irresistible, por otra.

6. LAS RAÍCES MEDIEVALES DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO

Esa etapa del pasado a la que, desde finales del siglo xv se denomina Edad Media, tiene una importancia singular para la comprensión tanto del conjunto de Europa como de la España de estos comienzos del siglo xxi. ¿No fue precisamente en el Medievo cuando se pusieron los cimientos de Europa, ese referente de unidad en el que, con singular entusiasmo, nos movemos hoy en día? ¿Cómo olvidar, entre otros personajes ilustres, al emperador Carlomagno, en cierta medida considerado nada menos que el padre de Europa? En la Edad Media se constituyeron, asimismo, las principales naciones-estados que conforman el actual mapa del continente europeo. Recordemos, a este respecto, que en el concilio de Constanza, reunido en dicha ciudad suiza a comienzos del siglo xv con la finalidad de poner fin al peligroso Cisma en el que se hallaba envuelta la Iglesia desde hacía unas cuantas décadas, estuvieron presentes representantes de cinco naciones, aun cuando ese término, es lógico indicarlo, tenga hoy en día un significado muy distinto al de aquellos tiempos. Esas cinco naciones eran Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y España. Más aún, fue en los tiempos medievales cuando se formaron las lenguas fundamentales que hoy se hablan en el continente europeo.

Si seguimos indagando en el pasado medieval veremos, por otra parte, cómo fue en aquellos siglos cuando se forjaron las instituciones más representativas de

nuestro mundo político, ya sean los Parlamentos o los municipios. Nadie niega que las Cortes, Parlamentos, Dietas o Estados Generales del Medievo, términos que aluden a una misma institución, aunque conocidas con nombres diversos en unos y otros países, tenían diferencias sustanciales con los Parlamentos democráticos del presente. Al fin y al cabo esas instituciones se articulaban en el Medievo a partir de la organización estamental de la sociedad, lo que contrasta rotundamente con los principios democráticos de nuestros días. Pero, al margen de los cambios decisivos operados en el transcurso del tiempo, es evidente que en la Edad Media se halla la cuna de esas instituciones, de las que hoy, justo es señalarlo, nos sentimos tan orgullosos. Algo parecido cabe afirmar de los actuales municipios, herederos de los concejos nacidos en los tiempos medievales. ¿Y la Universidad, órgano básico de la enseñanza superior de nuestro mundo? ¿No fue también una creación específica de la época medieval, en la que surgió a la vida la denominada «Universitas magistrorum et scholarum»? Por lo demás aquellos tiempos fueron testigos del inicio de un conflicto entre el plano de lo secular y el de lo sacral, el cual terminó desembocando, a la larga, en la emancipación de la esfera de lo terrenal. ¿No fue la pugna entre el Pontificado y el Imperio, con todas las matizaciones que se quiera, un primer esbozo del enfrentamiento entre la iglesia y el estado? En el Medievo, por lo tanto, se hallan las principales raíces del mundo en el que hoy vivimos.

Reflexiones en cierta medida similares podemos hacer también a propósito de España. El insigne filólogo e historiador Américo Castro defendió en su momento, en su conocida obra «España en su historia. Cristianos, moros y judíos», la sugestiva a la vez que polémica hipótesis de que la «vidiura hispánica», es decir la forma de ser y de estar en el mundo los españoles, se había construido en el transcurso de los siglos medievales, como consecuencia de la confluencia de las tres «castas» que habitaban las tierras hispanas, cristianos, musulmanes y judíos. Entre esas tres religiones o culturas hubo, obviamente, enfrentamientos, pero también intercambio de ideas, de técnicas, de elementos artísticos, etc. Al margen de que se acepte o se rechace ese punto de vista es indiscutible que la época medieval aportó importantes novedades al desarrollo de la historia de España, en buena medida hoy todavía vigentes. Así por ejemplo ¿cuántas palabras del castellano actual tienen su origen en la lengua árabe? ¿No fue, asimismo, decisiva la presencia musulmana en orden a potenciar en las tierras hispanas actividades económicas tan llamativas como los regadíos?

Consideraciones parecidas pueden hacerse acerca del desarrollo de las artes plásticas, en donde la huella de lo islamita, así por ejemplo el papel de lo mudéjar, es ciertamente indiscutible. En el campo de las ideas y del pensamiento, gracias al excepcional legado cultural recogido por los musulmanes en el ámbito del Mediterráneo oriental, en Persia y en la India, España, como señaló en su día Ramón Menéndez Pidal, fue un auténtico eslabón entre la Cristiandad y el Islam. Por lo que se refiere a la influencia ejercida en la historia de España por la comunidad judía basta con que tengamos en cuenta el origen hebraico de algunas de las más significativas figuras de nuestra mística, como fue el caso de Teresa de Ávila.

Ahora bien, por singular que resultara la presencia en la piel de toro, durante cerca de ocho siglos, de gentes de esas tres religiones, no acaban ahí, ni mucho menos, los argumentos que podemos manejar acerca de nuestra situación actual que tienen su origen en los tiempos medievales. Así por ejemplo el denominado «estado de las autonomías» no puede en modo alguno entenderse si prescindimos lisa y llanamente del pasado medieval. En efecto, en aquella época España, por sorprendente que en principio pueda parecer, era al mismo tiempo una y diversa. Podemos comenzar afirmando que España era una, por cuanto existía el concepto de un pasado perdido, a raíz de la invasión musulmana del año 711, que puso fin a la monarquía visigoda. Pero a la vez la idea de España se proyectaba en torno a un esperanzador futuro, en el que fuera posible la reconstrucción de la soñada unidad. Mas simultáneamente hay que poner de manifiesto que la España cristiana estaba constituida por un mosaico de núcleos políticos diversos, que abarcaban a los reinos de Castilla, León, Galicia, Navarra, Aragón, Portugal, etc. así como a los condados del Principado de Cataluña. Esa diversidad explica que, en ocasiones, se utilice, en los propios textos del Medievo, la expresión las «Espanias medievales». Los dirigentes políticos de la España cristiana, o si se quiere los reyes entonces existentes, como afirmó a comienzos del siglo XIV el cronista catalán Ramón Muntaner, eran «una carne y una sangre», lo que ponía de relieve los numerosos elementos de aproximación que había entre ellos. Si esos reinos se unieran, seguía diciendo Muntaner, alcanzarían el poder más fuerte de la Europa de aquel tiempo. Ese paso se dio, como es bien sabido, a finales del siglo XV, al realizarse la fusión de las coronas de Castilla y de Aragón, gracias al matrimonio de sus respectivos herederos, Isabel y Fernando, los futuros Reyes Católicos. De esa forma,

como manifestó en su día el cronista Mosén Diego de Valera, se constituyó «la monarquía de todas las Españas», aun cuando algunos núcleos todavía no estaban integrados en esa fusión. A partir de ese momento se habla sin más de la «monarquía hispánica».

En cualquier caso, al margen de los elementos de nuestra vida presente cuya génesis podamos atribuir a la Edad Media, es de todo punto incuestionable que la etapa situada entre el final del Imperio Romano y el período del Renacimiento conoció importantes progresos, tanto en el terreno de la vida económica y social como en el del pensamiento y la cultura. Al menos esta reflexión nos parece válida para el territorio de la Europa cristiana. ¿Cómo interpretar, si no, el gran salto adelante dado por la Cristiandad a partir del año mil? Con anterioridad a esas fechas la superioridad del Islam era indiscutible. Después del siglo XI, por el contrario, el mundo musulmán entró en una fase de estancamiento, en tanto que la Europa cristiana no dejó de prosperar, tanto en términos demográficos como económicos o culturales. ¿No fue en los siglos medievales cuando se pusieron los cimientos del mundo urbano, así como de la clase social conocida como burguesía, la cual iba ser, siglos más tarde, la protagonista por excelencia de los cambios revolucionarios acaecidos en Europa? La expansión de los europeos hacia las Indias, plasmada en las últimas décadas del siglo XV en las actividades marítimas de España y Portugal, no hubiera existido si cortamos de raíz la herencia del pasado medieval. Incluso la marcha hacia la creación de una poderosa sociedad civil hubiera sido impensable sin los precedentes que se dieron en el Medievo, época en la que, según indicó en su día el historiador Lagarde, tuvo lugar «el nacimiento del espíritu laico». Consideraciones semejantes pueden hacerse a propósito de la ciencia moderna, la cual no puede olvidar la herencia, entre otros nombres destacados, de Guillermo de Ockam. Como dijo el historiador Gordon Leff la obra de Ockam hizo posible que en la Europa del siglo XIV se abriera «una perspectiva más genuinamente científica que en cualquier otra época desde la antigua Grecia». Al fin y al cabo el final de la Edad Media y los comienzos de la Moderna se funden en un proceso lógico y homogéneo, sin que sea preciso aludir a la existencia de cortes bruscos en el desarrollo histórico. Las conquistas del mundo moderno, por lo tanto, resultarían de todo punto incomprensibles si viéramos en la Edad Media simplemente una etapa de oscurantismo. En definitiva, la Edad Media ha sido plenamente recuperada desde la perspectiva de una visión progresista del desarrollo histórico de las sociedades humanas.

7. MEDIEVALISMO Y FUTURISMO

Después de las reflexiones que hemos llevado a cabo en las páginas anteriores, efectuadas a partir de la realización de un somero y rápido recorrido desde la época del Renacimiento hasta nuestros días, ¿a qué conclusiones podemos llegar? En verdad, gracias al espectacular progreso experimentado en el transcurso de los siglos XIX y XX por las distintas ramas de la investigación histórica, hoy, sin duda alguna, conocemos con bastante lujo de detalles, e incluso con cierta profundidad, lo que en verdad significó la Edad Media, mucho mejor que en la época en la que surgió a la vida ese discutible concepto. Pero quizá nos interese más tener en cuenta la imagen que, a nivel popular, existe en nuestros días de aquellos lejanos siglos que denominamos medievales.

Ciertamente, antes lo hemos dicho, esos siglos ofrecen una cara bifronte, lo que significa que en determinadas ocasiones sean motivo de la más absoluta repulsa, pero en otros momentos, por el contrario, resulten sumamente atractivos. ¿No están de moda, desde hace unas cuantas décadas, por mencionar una actividad que se propagaba a bombo y platillo en los medios de comunicación, las famosas «cenas medievales»? ¿Y qué decir de la reproducción de las denominadas «ferias y mercados medievales», que se organizan con suma frecuencia por las más variadas regiones de la piel de toro y con las que se pretende recrear, para solaz y divertimento de las gentes del pueblo, las formas de vida de aquellos tiempos? El Medievo, por otra parte, suele irrumpir, por sorprendente que pueda parecer, en actividades encaminadas a la diversión de los jóvenes de hoy, así por ejemplo en algunas series de dibujos animados. Basta con que nos asomemos de cuando en cuando a la pantalla de la televisión para comprobar cómo los viajes siderales aparecen a menudo en un entorno que, al mismo tiempo, recuerda, cómo no, al mundo de los castillos medievales. Paralelamente los protagonistas de muchas de esas series ofrecen la inequívoca imagen de los guerreros de la época medieval. Eso pone de relieve que el mundo medieval, independientemente de que lo odiamos o lo adoremos, está profundamente anclado en la memoria colectiva. ¿Tiene algún sentido olvidar ese pasado, en el que se encuentran, ni más ni menos, nuestras propias raíces?

Ahora bien, si queremos que lo sucedido en el Medievo, aunque sea sólo en sus líneas generales, esté presente, por su significado objetivo y por su indudable interés, en la mente de los ciudadanos es preciso que no se abandone, como con

frecuencia ocurre, la enseñanza de la historia referida a aquellos siglos. Llegados a este punto no tenemos más remedio que señalar que la historia medieval enseñada a nuestros escolares en las últimas décadas se halla, en estos comienzos del siglo XXI, bajo mínimos. Esperemos, no obstante, que las últimas reformas educativas, particularmente en lo que se refiere al «currículum» de la asignatura de la historia, permitan una mejora. Una cosa es que en la disciplina de la historia que hoy, por fortuna, cursan todos los jóvenes españoles hasta los dieciséis años, se ponga más énfasis en lo sucedido en los últimos tiempos, lo que se llama la «historia del tiempo presente», y otra cosa muy diferente que se borre sin más de un plumazo el ayer. La historia de la humanidad tiene que partir de sus orígenes, y efectuar un recorrido, todo lo breve y sucinto que se quiera, a través de las distintas fases por las que ha atravesado, siguiendo, lógicamente, el orden temporal. En ese recorrido es de todo punto indispensable fijar la atención en los hitos más representativos de la evolución en el tiempo de las sociedades humanas. De esa manera es posible llegar a adquirir un sentido global de la perspectiva histórica. Una parte esencial de ese recorrido, lo mismo para conocer lo que es hoy en día Europa que lo que es España, tiene que efectuarse a través de los siglos medievales, en los cuales, antes lo hemos puesto de relieve, se encuentran buena parte de los orígenes de nuestra realidad actual. Y que conste que no pretendemos con ello, ni mucho menos, mitificar el Medievo, ni menos aún actuar en plan corporativo como profesores del área de Historia Medieval que defienden su campo peculiar de conocimiento. Lo que pretendemos es, simplemente, ser lo más fieles posible a la realidad histórica de lo que esos siglos nos han aportado.